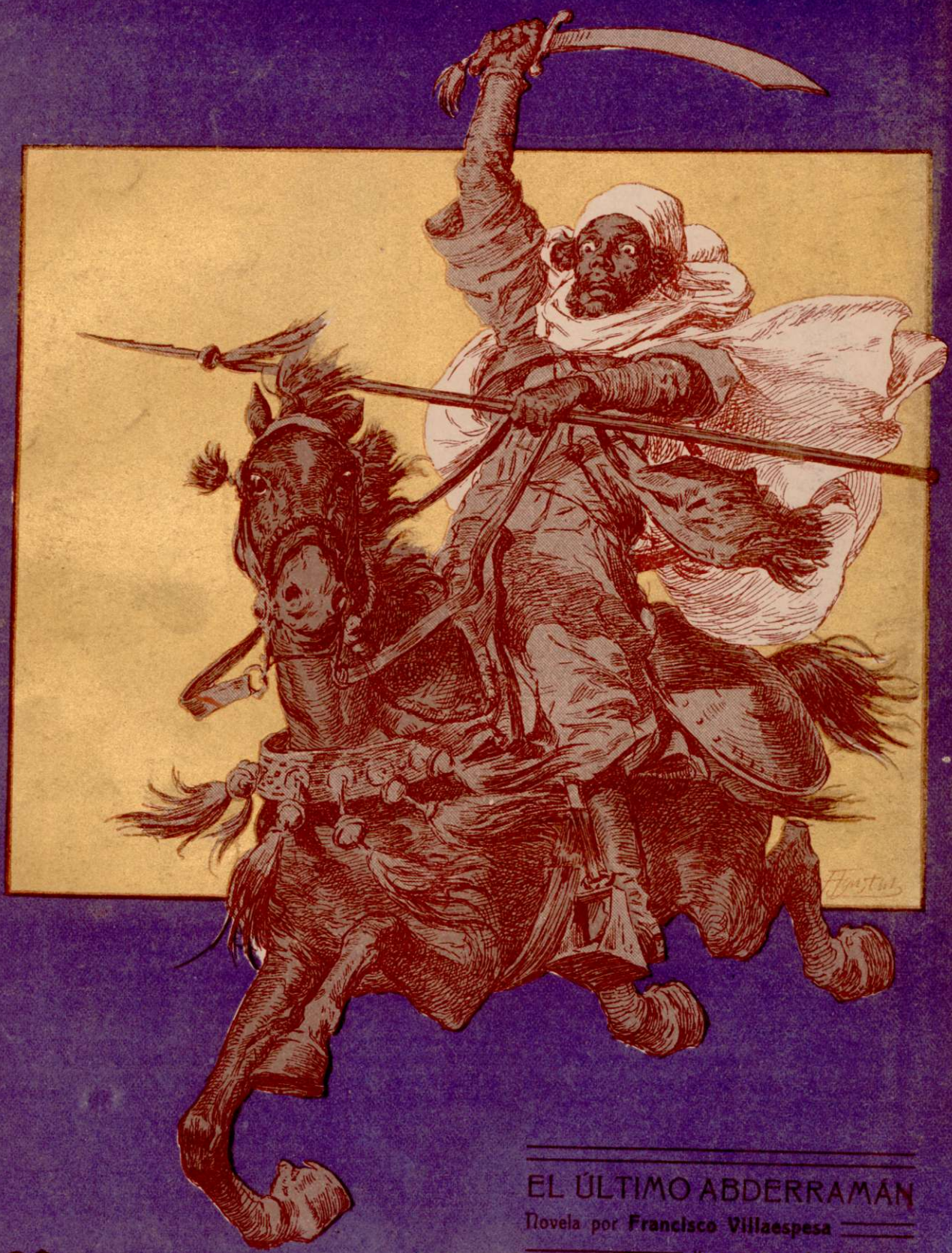
El Cuento Semanal



EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

Novela por **Francisco Villaespesa**

Ilustraciones de AGUSTÍN

30 cénts.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

OFICINAS Fuencarral 90 : MADRID

Apartado de Correos, núm. 409

AÑO III - 24 de Septiembre 1909 - Núm. 143

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas
Semestre 6,50 pesetas. Año, 12
Extranjero: Semestre, 10 pesetas. Año, 18
Anuncios á precios convencionales
Número suelto: **30 céntimos**

LIBROS Y REVISTAS

Venus Rebelde, por D. Fernando Mora.—Es una novela meritísima que por su propia eficacia, y aquí quiero dar á entender algo insólito, y es, que á nuestro juicio, esa eficacia es independiente de la voluntad del autor; ha de colocar á éste en la fila de los escritores más selectos y amenos de nuestro mercado literario.

Tal vez, el autor quiso hacer una novela de verismo naturalista á lo Zola, como confiesa en los comienzos. Aquellos primeros capítulos lo hacen sospechar. Después, la lozanía, la juventud y la fuerza de la personalidad del escritor, convierten la narración que comenzó atrevida y cruda en las descripciones, en una amenísima novela de lectura subyugadora, bajo la que palpita un sentimentalismo amable de tonos suavemente conmovedores.

Venus Rebelde, pues, es obra interesantísima, de muy estimable valor literario, á la que auguramos un grande y envidiable éxito.

Bodas celestes y La hora del amor, comedias de don Vicente Almela.—El tratarse de dos obras estrenadas con gran aplauso en Marzo y Mayo últimos, en el teatro Romea, de esta corte, nos releva de hacer el justo elogio que les es debido. Seguramente, todos nuestros lectores han visto representar las dos obras y han contribuído con sus entusiastas aplausos al homenaje de admiración y simpatía que el público, siempre justo, tributó á su tiempo al infatigable y fino crítico literario de *Heraldo de Madrid*, Sr. Almela.

VALE

PARA LA CONSULTA GRAFOLÓGICA

Sección especial preferente

TAPAS PARA ENCUADERNAR

LAS COLECCIONES DE

EL CUENTO SEMANAL

Las que actualmente tenemos á la venta son de cuero con elegantísimas y artísticas incrustaciones de oro, y en relieve, para encuadernar las dos colecciones completas de los años 1907 y 1908, y el primer semestre de 1909.

A pesar de su mejor calidad y de su mayor coste, su precio seguirá siendo como hasta aquí.

Precio: 2 pesetas cada tapa.

CONSULTORIO GRAFOLÓGICO

Rosederi.—Su escritura desigual me revela una naturaleza excesivamente impresionable y agitada, al mismo tiempo que la simplificación y rapidez de su grafismo, me indican que es usted un intelectual que ha adquirido conocimientos variados, merced á la gran facilidad de asimilación de su espíritu fino y observador.

Naturaleza primitivamente muy franca y expansiva, pero que en la actualidad se ha vuelto bastante reservada y solo dice lo que buenamente le conviene.

Voluntad bastante constante.

Adquisividad grande. Bondad viva y amable; conciencia generosa.

Espíritu lógico, pero poco aficionado á aceptar las ideas de los demás sin someterlas previamente á su crítica acerba, pero siempre equitativa.

Temperamento muy nervioso.

Uno de la Inmortal.—Buen grado de inteligencia, ayudada por una excelente memoria ocular y una imaginación no muy cultivada, pero graciosa y viva.

Voluntad débil, pero bastante seguida; corazón sensible, sin apasionamiento; constante en amor y capaz de querer entrañablemente á una mujer, pero sin llegar á hacer locuras por ella.

Carácter nada expansivo á pesar de su sinceridad nativa.

Aptitudes para la organización y los negocios en general; actividad bien reglada, gusto para las fórmulas convenidas.

Naturaleza amable y buena, pero muy orgullosa y también algo vanidosa.

Amor al dinero. Generosidad que sabe contar. Posesión de sí.

Temperamento bien equilibrado y salud más resistente que vigorosa.

MANERA DE HACER LAS CONSULTAS

Escríbase una carta, cuanto más larga mejor, en papel sin rayar y dirigida al Dr. Grachtner, en EL CUENTO SEMANAL.

Un vale y cinco pesetas dan derecho á una consulta en la «Sección preferente». Las contestaciones se insertarán en el primer número que se publique ocho días después de recibida la consulta, y si el consultante lo desea se le regalará un interesante *Tratado de Grafología.*

Dos vales del año 1907 ó 1908 dan derecho á una consulta gratuita, cuyas contestaciones son contestadas por riguroso turno. Quedan muchas cartas antiguas por contestar. El que, además, se suscriba por un trimestre á EL CUENTO SEMANAL, recibirá igualmente el *Tratado de Grafología.*

R. 224858

JUNTA DE ANDALUCIA Consejería de Cultura BIBLIOTECA DE ANDALUCIA GRANADA

FRANCISCO VILLAESPESA

1 CO 432/26

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

Á Sidi-Ahmed-el-Muaz, al grande y noble poeta, gloria del Islam.

I

El misterio de las costelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreích, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta á las del célebre rey de los cristíanos Alonso-ben Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigilias, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada á cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada á veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido Observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

—¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios!—murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal.

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral, de la ciudad dormida á la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de frescura. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la patriarcal figura de Alí-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea fluctuante á lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó á manos llenas sobre tu estirpe!—murmuró despacioso, inclinándose en una profun-

da reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza á su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz pudiera aportar á su espíritu atribulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan, jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

—Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas—la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Alí-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

—Príncipe—interrumpe el anciano—los sellos se han roto, y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va á abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos, para escuchar el eco de la palabra divina?

—Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

—Este cometa cuya caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam, en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la costelación del León y la de las Vírgenes, predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

Él sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado á los ineptos los bienes que el Señor encomendó á nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar á nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia, han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos á reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan á conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en

las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen á Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso, dentro de poco, abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias:
sólo brillan en ellas la cruz y las campanas,
y nuestros almibábares, aunque de duro leño,
lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca á la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Aléjate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también á los demás.

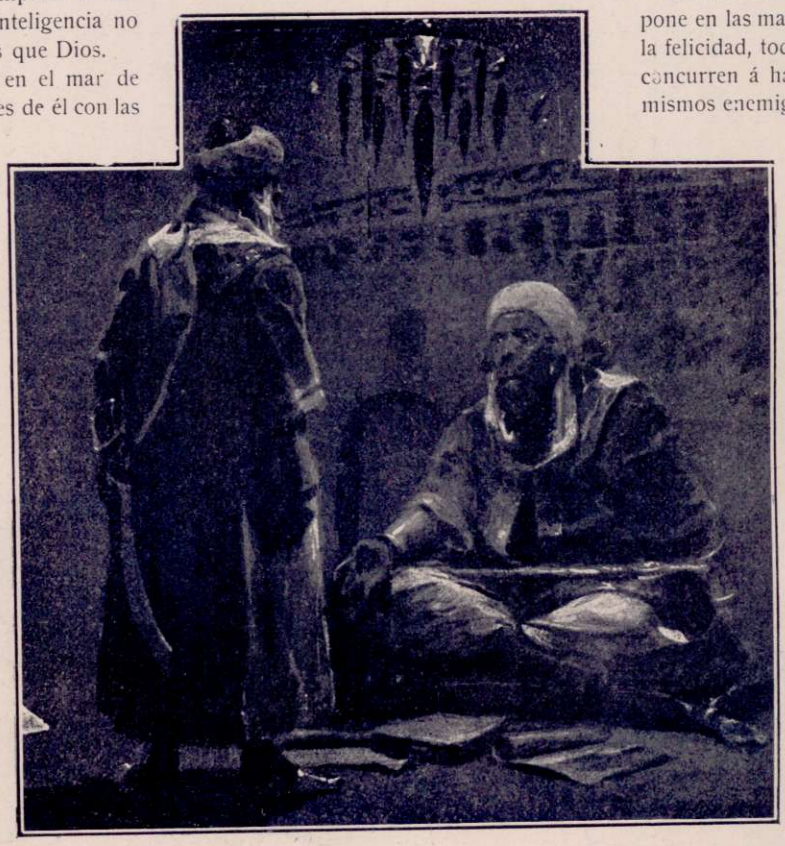
Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakem-ben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor que se guardan en Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fuí volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció presentir tu valor, cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse, los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos cae-

rán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente, vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará á los lobos y pondrá á buen recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de *El Aganir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer á los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.



Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros, y lees en ellos, como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Has sido conducido á la cima de un monte para oir la palabra que no se olvida nunca, y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazalete de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán á tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos tronos de pedrería fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tu puedes ser, oh, Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley!

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves van, cayendo en el silencio sonoro, como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

—¡Oh, Alí! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros! — exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

—¡Oh, Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lánzate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos, la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y á la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue, nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarame á los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba á las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

—¡Oh, si todo se redujese á aplastar de un mazazo al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; á derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fúlgida que el Sol en el zénit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los califas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Hegiaz, y nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en

las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exaltación, sus ojos arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza

y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los Profetas centenarios.

—Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre á la serpiente y á la mujer que intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas á la Meca en peregrinación, más que á la aridez del desierto y á las zarpas de las fieras y á la mortal embriaguez del Sol, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis floridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se aduerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de la Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo á la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata, hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta á lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una can-

JUNTA DE ANDALUCIA
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA GRANADA

ción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales:

Sobre el jardín la Noche es una
fragante y tibia invitación.
¡Ven á soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

—

La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.
El surtidor, desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistosas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza, la calada galería del patio de los Leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines del Alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos trasparece á la luz, y las joyas más fúlgidas relampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Radhiá, Sobeida, Bohia, Kethira, Zahra, Saida, Maliha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz, existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos, tintinean zéquies; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles, centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael.

Á un lado de la estancia, se oculta bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí, recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatro arcos, que en unión de veinticuatro columnas, esbeltas y gráciles

como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando á la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes é islas trasparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas escrita en letras de oro: *Allah galib illa lah.* (Solo Dios es vencedor.)

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras koránicas, é inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una inscripción dice: «Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamed-ben-Jusuf-ben Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos.»

En otra refulgen estas sagradas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genios ni de hombres. Descansarán reclinados en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y de generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes de los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xamri, á propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II.

Más al collar avalora
y á sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y á la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,
pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.

¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejear de las brisas entre los arrayanes del patio y el trasparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba á esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos policromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas, como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpuras y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardines perennes, y, sostenido por sus marmóreos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una, se le llama «Fuente clara»; en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un trasparente lago de zafiros, ó las olas verdes y cristalinas de un mar sereno, donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos, abiertos á sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente á este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde reclinada perezosamente sobre blancos cojines reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente emir Muhamad II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Vírgenes nubias pulsan arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba, en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpido vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
pues su imperio nunca acaba...
Todas las flores son tropas
y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño, los oleos fragantes que ungirán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente á tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agorero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubíes, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer á veces, la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza á ser sofocante. Asciende de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer, un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafiles. Son los jinetes de la guardia real, que suben á la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de los cipreses.

De súbito, Leila Hassana, entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de aloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran á cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de maderas aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada, como esos ligeros vapores que á los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y á través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpien-

tes de humo, se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla á sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgas! ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el-Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes á los sones de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

—¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aun me enajena!—murmura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y agrupadas á su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron á dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, á buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas, el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro, y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones, con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa, pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre á la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos girones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí á este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas, han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño.

Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina á su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas á la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo, se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces.

Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, á lo largo de florestas encantadas, sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas se asomaban al azul del cielo, para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. Á sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas, y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar,

Flyestin

los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes, hablaban un idioma inexpresable más dulce que el són de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfange de llamas, combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió á mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron á un templete resplandeciente, que se alzaba á la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo záfiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz ó bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades, rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo á veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande ó tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como naúfragos, á una playa encharcada de sangre, donde las cabezas truncas de los degollados se abrían en muecas de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos, temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos, hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mi todas las felicidades del Cielo y de la Tierra! —

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas silenciosas le rodean.

Los instrumentos músicos, duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarra el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores, y los añafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar, y á lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa? — murmura, bruscamente, la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman á los ajimeces.

Son los correos, que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, é inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

—El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar á la perla de su harem, á la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles, nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven á gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y á través del humo azuloso de los pebeteros se vé todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe á la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Cultura
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA GRANADA

verdes de los cármenes, y el oro flúido del Sol centellea en la fugitiva pedrería del Dauro, y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas á la sombra de los arbustos floridos.

Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando á los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, á recibir á las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes, cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente á lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantescos puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de os cielos, flotan los ámplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etiopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanges; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos á ambar, á mirra, á nardo, á todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y trasparentes como encajes de cristal rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos, riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes ó rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos, se engullen largas tiras de estopa ardiendo, ó cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzor campea con las más gloriosas alazanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, á los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas.

Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir á cambio de algunas miserables monedas.

oriental de pompa y de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas, pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno en una embriaguez

galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

Á un lado, los más hábiles joyeros, ofrecen alhajas de oro y plata, de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna; retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de

ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de záfiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente, y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos alfanges damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota á gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices. fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas índicas.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos, por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón, y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquimia, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas, y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaiceria, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja de árbol al ímpetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del África, ya por las populosas ciudades asiáticas ó por los pueblos bárbaros de Europa.

—¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? — exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras —. Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por génios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dílo tú sino, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las cómarcas de Palestina. Tú lo sabes también, Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse á tierras del Islam, sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita á vuestros caballeros á quebrar cañas y á romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar á nuestra liberalidad. Tendrá Chachemir, sedas; Golconda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve, oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena á nuestros ríos Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas índicas, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcáceres que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagra-

do, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado labrújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden, y alarifes que nos traen á la Tierra todas las hermosuras del Paraíso. –

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

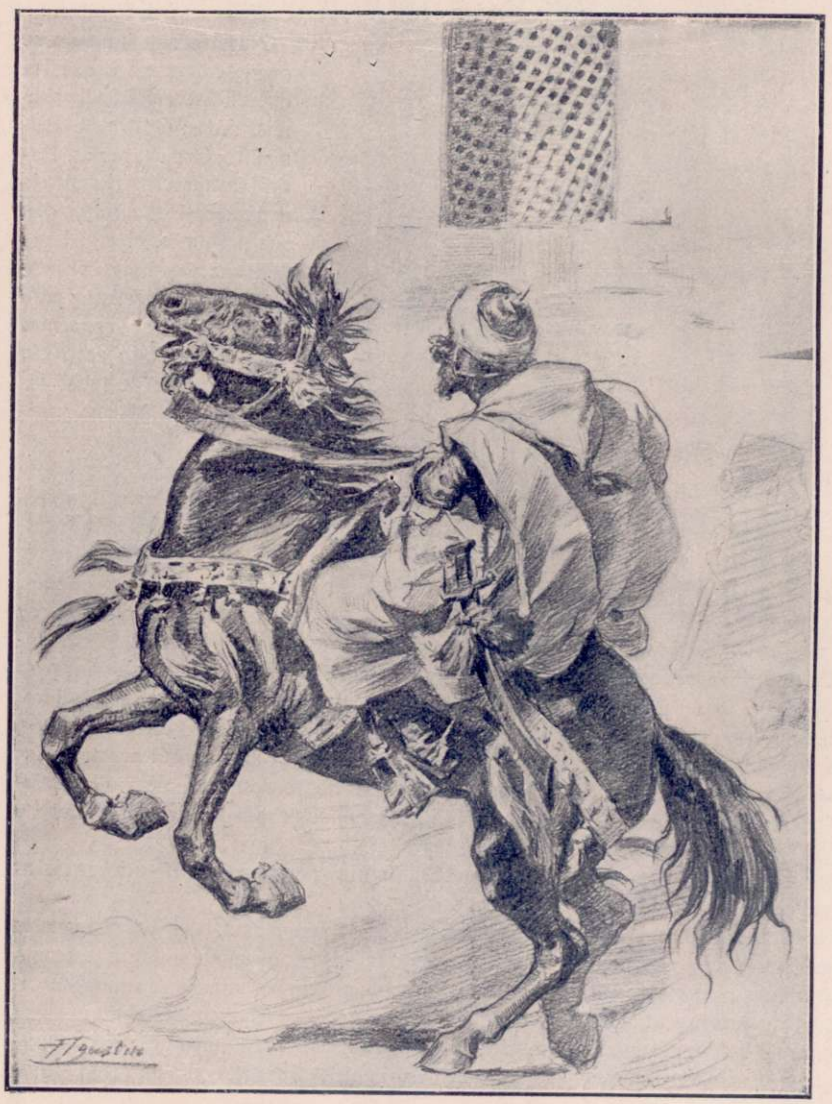
Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habares en flor; de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, límpidas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas; de las mil fuentes borboteantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, á lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los kioskos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y los de tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como lluvia de rocío, ó formando arcos de chispeante pedrería,

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también á compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.



Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante á lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y á través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de

Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y movibles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco á poco; parece abrirse, y el oro del Sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas, se aproxima. Son los Zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos, y el hierro de las espuelas sangrando en los hijares, azuzan los caballos.

La multitud les aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta á su paso, atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el ritmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después, son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegríes, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almorabides, toda la nobleza del Islám, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metático de armas, de arneses y de estribos; entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, extremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, auyentando los pájaros y levantando hasta el Sol girones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oir, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan á los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla, hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los criso-berilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente, la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfange damasquino, envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren á su paso, y, tras ellas, los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda de multi colores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños jinetes en salvajes corceles de desgreñadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y, por último, cerrando la marcha, los guerreros etiopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas, y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Asciende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia Desde los Adarbes llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados á lo largo de los senderos, le saludan chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas al suelo.

Salta del corcel, que un paje nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sones.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio espectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores conque juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, é inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

—¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo! Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas á los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Mas de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se postergan á tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.—

El emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

—Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídeme la más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

—Señor, sólo pido tu venia para volver á guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanges.

Solo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El emir sonríe á Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada, fué á ofrecérsela, sangrando aún, á Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamad II.

Francisco Villaespesa

ARTES GRAFICAS "MATEU,,
Paseo del Prado, 30 : : :

El Cuento Semanal

REVISTA ILUSTRADA

Redacción y Administración: Fuencarral, núm. 90 -:- MADRID

NÚMEROS PUBLICADOS

1.° Jacinto Octavio Picón: *Desencanto.*
2.° Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda.*
3.° Gregorio Martínez Sierra: *Aventura.*
4.° Eduardo Zamacois: *La cita.*
5.° Salvador Rueda: *La guitarra.*
6.° Antonio Zozaya: *La maldita culpa.*
7.° Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*
8.° Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio.*
9.° Felipe Trigo: *Reveladoras.*
10. José Francés: *El alma viajera.*
11. Eduardo Marquina: *La caravana.*
12. Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo.*
13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas.*
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado.*
15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne.*
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte.*
17. Amado Nervo: *Un sueño.*
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina.*
19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas.*
20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita.*
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda.*
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*
23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo.*
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas,*
25. Colombine. *El tesoro del castillo.*
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas.*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón.*
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa.*
29. Manuel Ugarte: *La Leyenda del gaucho.*
30. Mariano Vallejo. *Deuda pagada.*
31. Arturo Reyes: *La Moruchita*
32. Angel Guerra: *Al «jallo»*
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas.*
34. Cristóbal de Castro: *Luna, Lunera...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes.*
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión.*
37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga.*
38. Antonio Palomero: *D. Claudio.*
39. Pompeyo Gener: *Ultimos momentos de Miguel Servet*
40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas.*
41. J. López Pinillos: *Frente al mar.*
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan.*
43. Julio Camba: *El destierro.*
44. Miguel Sawa: *La Muñeca.*
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús.*
46. J. Ferrándiz: *El «Dies irae» de San Huberto*
47. A. R Bonnat: *Un hombre serio.*
48. Alberto Insúa: *Las señoritas.*
49. J. M.ª Salaverría: *El literato.*
50. Apeles Mestres: *La espada.*
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor.*
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo.*
53. **Número-Almanaque:** *Del camino,* por Joaquín Dicenta. Precio: **50 céntimos.**
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos.*
56. Eduardo Marquina: *«La Muestra».*
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril.*
58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro.*
59. Pedro de Répide: *El solar de la Bolera.*
60. Eduardo Zamacois: *El Collar.*
61. J. Francés: *Mientras las horas duermen.*
62. Gabriel Miró: *Nómada.*
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usia.*
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga.*
65. José M.ª Matheu: *Un bonito negocio.*
66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna.*
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica.*
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco.*
69. Felipe Sassone: *Viendo la vida.*
70 y 71. Benito Pérez Galdós, *Gerona.*
72. Jacinto Octavio Picón, *Rivales.*
73. G. Martínez Sierra, *Torre de marfil.*
74. A. Hernández-Catá, *El pecado original,*
75. Arturo Reyes, *El Niño de los Caireles.*
76. F. García-Sanchiz, *Historia romántica.*
77. Felipe Trigo, *El gran simpático.*
78. Ramón M. Tenreiro, *Embrujamiento.*
79. Cristóbal de Castro, *Las insaciables.*
80. Joaquín Dicenta, *La gañanía.*
81. Colombine, *Senderos de vida.*
82. Salvador Rueda, *El poema de los ojos.*
83. José Santos Chocano, *La cruz y el sol.*
84. Claudio Frollo, *Las cuatro mujeres.*
85. Eduardo Marquina, *Corneja siniestra...*
86. Mauricio López-Roberts. *En la cuarta plana.*
87. A. Zozaya, *La princesita de Pan y Miel.*
88. Pedro de Répide, *Noche perdida.*
89. Manuel Ugarte, *La sombra de la madre.*
90. Pedro Mata, *Cuesta abajo.*
91. F. Serrano de la Pedrosa, *El «Emperaor».*
92. Joaquín Dicenta, *Galerna.*
93. J. Benavente, *Nuevo coloquio de los perros.*
94. A. Martínez Olmedilla, *Por dónde viene la dicha.*
95. Condesa de Pardo Bazán, *Allende la verdad.*
96. J. Ortiz de Pineda, *La dicha humilde.*
97. Eduardo Zamacois, *El paralítico.*
98. Felipe Trigo, *Las posadas del Amor.*
99. J. M.ª Salaverría, *Mundo subterráneo.*
100. A. González-Blanco, *Un amor de provincia.*
101. J. López Pinillos, *Los enemigos.*
102. Antonio Zozaya, *La bala fría.*
103. Condesa de Pardo Bazán, *Belcebú.*
104. Juan Pérez Zúñiga, *El cocodrilo azul.*
105. Manuel Bueno, *El talón de Aquiles.*
106. Enrique López Alarcón, *La Cruz del Cariño.*
107. J. Téllez y López, *Mater admirabilis.*
108. R. Urbano. *La Santa Fe.*
109. F. Flores García, *El Padrino.*
110. G. Martínez Sierra, *Egogla.*
111. Felipe Trigo, *Lo irreparable.*
112. J. J. Lorente, *Fueros de la carne.*
113. J. Benavente, *¡A ver lo que hace un hombre*
114. Cijes Aparicio, *La Venganza.*
115. F. Periquet, *Exhausto.*
116. López de Haro, *Vulgaridad.*
117. Cristóbal de Castro, *La bonita y la fea.*
118. Eugenio Sellés, *Ensueños de muñecas.*
119. Luis Calpena, *Un milagro del Arte,*
120. Pedro Mata, *La Celada de Alonso Quijano.*
121. R. del Valle-Inclán, *Una tertulia de antaño.*
122. José M.ª Matheu, *Entre el oro y la sangre.*
123. Alberto Insúa, *Cómo cambia el amor.*
124. Pedro G. Magro, *Hidalguía morisca.*
125. Ricardo León, *Amor de caridad.*
126. F. Serrano de la Pedrosa, *La broma.*
127. Emilio Carrére, *El dolor de llegar.*
128. Eduardo Marquina, *Beso de oro.*
129. Guillermo Hernández Mir, *Pedazos de vida.*
130. José Francos Rodríguez, *La hora feliz.*
131. Eugenio Noel, *Alma de Santa.*
132. Luis de Tapia, *Así en la Tierra...*
133. Juan A. Cavestany, *La Niña de los rubíes.*
134. Luis Antón del Olmet, *Por qué soy un bohemio.*
135. E. Menéndez y Pelayo, *El Mote.*
136. Bernardo Herrero Ochoa, *La esfinge de hielo,*
137. Luis Huidobro, *Carucho.*
138. Federico Urrecha, *El suicidio de Regúlez.*
139. J. Pous y Pagés, *El hombre bueno.*
140. Alfonso García del Busto, *Sueño de hogar.*
141. Benigno Varela, *La Terrorista.*
142. Andrés González-Blanco, *El Castigo.*

PROXIMOS A PUBLICARSE

Originales del académico de la Española, Sr. D. Francisco Rodríguez Marín; de Ramiro de Maeztu, Gómez Carrillo, López Ballesteros, Vicenti, Mariano M. de Val, Mesa, Carlos Miranda, Felipe Trigo, Linares Rivas, etc., etc.